

Poemas de la vejez*

JOSÉ ANTONIO MIGUEZ**

La tarde está quieta

La tarde está quieta
y el sol languidece.
Sobre el horizonte
las nubes que emergen
dibujan cenefas
con orlas de nieve.
Vuela el pensamiento,
nostálgico siempre,
soñando sus sueños
con aire que envuelve,
juguete del tiempo,
las dudas perennes.
¡Tan quieta la tarde
que casi se muere!
El sol se desmaya
y llora su suerte
al ver a la luna
lucir de repente
sus galas prestadas
que a la noche cede.
Romántica luna
de amantes tan fieles,
que encubre actitudes,
-silencios rebeldes-,
pasiones que el día
ni acepta ni quiere,
censor del exceso
que al hombre envilece
si a la vez que el cuerpo
desnuda su mente.
¡Tan quieta la tarde,
tan pura y tan leve!

(Abril de 1994)

*Continuamos en este *Anuario* la publicación de los poemas inéditos agrupados por su autor bajo el título *Poemas de la vejez*. Se indica al pie de cada uno la fecha de su composición.

**José Antonio Miguez es Doctor en Filosofía y Letras y fue Catedrático de Lengua y Literatura españolas en el Instituto de Bachillerato "Francisco Aguiar" de Betanzos hasta la fecha de su jubilación académica. Actualmente es asesor del *Anuario Brigantino*.

Desandar el camino no es posible

Desandar el camino no es posible,
ni aligerar el peso de la carga;
más nos valiera confesión amarga
de lo que fue fracaso previsible.

Porque el camino, siempre intransferible,
cada cual lo recorre con su carga,
y la misma tensión que nos embarga
lo hace a los demás inaccesible.

Desandar el camino, qué simpleza,
qué renuncia a la herencia del pasado
y a la parte de historia ya vivida.

Porque ésta es, con rigor, nuestra grandeza:
mantener de los días el cuidado
y aceptar que se pierda la partida.

(Mayo de 1994)

Estaba ausente de mí...

Estaba ausente de mí
entre nubes de ensueño electrizante
-encrucijada y vértigo de altura-
asumiendo este papel tan increíble
cual si fuese una sencilla ave de paso
efímera, fantasmagórica,
o, lo que es lo mismo,
como un insomnio que se alimenta
de otro insomnio,
-terco desvarío que ya no cesa-
o acaso atormentada mente
poseída de un miedo ancestral
que la alejaba de mí
cada vez más,
acallada ya por un momento
la voz auténtica de la conciencia
en ese límite extraño del ser y del no ser,
¡ay!, criatura desvalida y única,
soñadora y febril,
pero derrotada siempre, ¡siempre!,
en el duro combate cotidiano.

.....
Sí; estaba ausente de mí.

(Julio de 1994)

Las dos caras del hombre

Soy hombre nada más y ya es bastante
para llenar el mundo de quimeras,
de incógnitas y ansiadas primaveras
que absorben mi conciencia vigilante.

Soy hombre nada más y en un instante
suprimo mentalmente las fronteras,
artimañas del odio mensajeras
que ofrecen de lo humano vil semblante.

Qué ficticio poder imaginario,
qué fuerza de la mente confundida
con palabras de amor que no son tales;

pues aún sin quererlo soy corsario,
depredador infausto y homicida
que carga con la alforja de los males.

(Agosto de 1994)

En un día turbio

En un día turbio
que ya anticipaba
tristeza de otoño,
sopor en el alma,
el sol era tardo
y no se anunciaba:
nieblas matinales
mecían el alba
dejando en suspenso
la luz esperada,
aún no entrevista
cuanto más ansiada.
El entorno todo
llamaba a la calma
mientras las pasiones,
arteras y cautas,
siguen al acecho
soñando el mañana:
un nuevo reencuentro
que rompa esa calma
y traiga consigo
lo que se echa en falta,
los viejos duendes,
la gloria y la fama.

.....
El tiempo perdido
no se recuperaba
Tristeza de otoño,
sosiego en el alma.

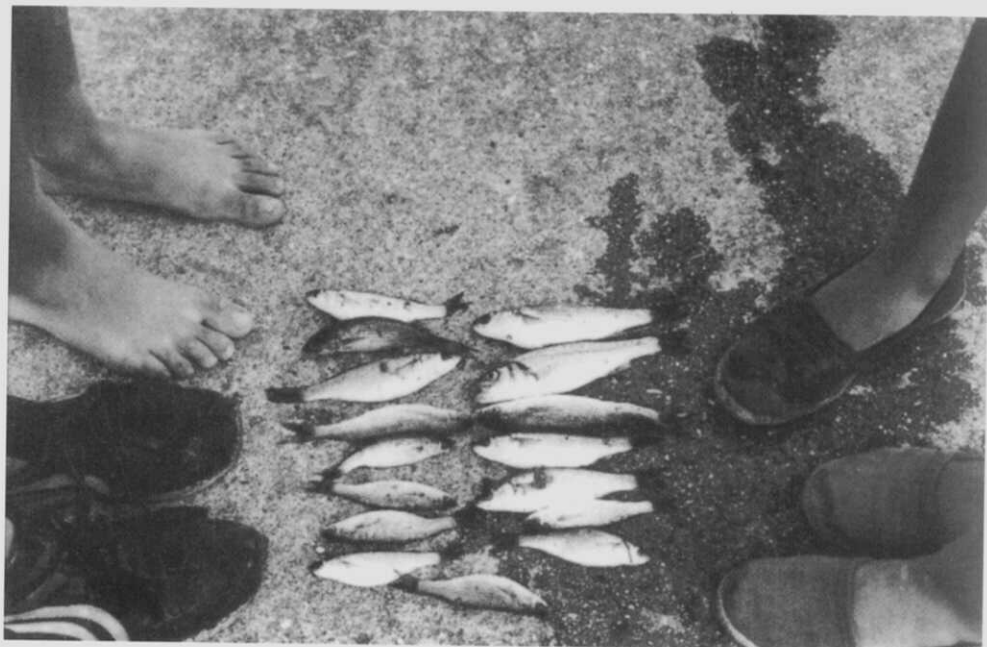
(Agosto de 1994)

Hombre de la tercera edad

Hombre de la tercera edad,
me dicen oficialmente.
Y lo repiten con machacona insistencia
para más inri
las puntillosas e indiscutidas estadísticas
y, no faltaba más,
las encuestas de población
que ya conjugan y clasifican al hombre,
al igual que los verbos,
por activa y por pasiva,
negándole con ello su identidad esencial,
-su escueta y desnuda identidad de hombre-,
la misma que me atreví a reivindicar en un poema reciente:
"soy hombre nada más y ya es bastante".
Ah, pero parece llegada la hora,
y nunca es tarde para tal menester,
de que nos reconduzcan más sabiamente,
más científicamente,
estableciendo ficticias escalas de lo humano,
muros de separación y de silencio
entre todos los hombres.
Y es por ello que unos ocuparemos los vagones de primera
y otros los de cola,
como en los tiempos casi olvidados del odio y de la guerra
-tiempos de la tuberculosis y del cólera-
cuando un desvencijado ferrocarril
hijo de su tiempo, ¿lo recordáis?,
situaba a cada hombre en su lugar exacto,
aquel que le correspondía, ni más ni menos,
por su linaje y su clase social,
con harta frecuencia un inmundo vagón de tercera,
que era siempre y a la vez vagón comedor y dormitorio,
lugar apropiado para el reencuentro
de los débiles y los negados por la fortuna.
Ayer, como hoy y como ahora,
lo mismo que tantos y tantos otros hombres,

soy de nuevo, pues así lo queréis,
un ciudadano de tercera clase,
aún en espera, ¿quién me lo diría?,
de que tengáis a bien establecer por ley
la cuarta o la quinta clase.
Hombre de la tercera edad,
se me repetirá con insistencia;
sí, pero no os preocupéis demasiado
si os fallan en mi caso las rigurosas estadísticas,
porque me resulta fácil formular la profecía:
¡ay!, lo seré seguramente ya por poco tiempo.

(Septiembre de 1994)



C. CARLÓN